

**DISCURSO DE INGRESO
COMO ACADEMICO DE HONOR
DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO
AGUILAR PIÑAL**

EL DIA 22 DE NOVIEMBRE DE 1996

**AMISTAD Y POESIA EN EL NEOCLASICISMO
SEVILLANO**

Señores académicos.
Señoras y señores.

Cuando, hace ya más de treinta años, pronuncié mi discurso de ingreso en esta Real Academia, no podía sospechar que llegaría un día como el de hoy, en el que tengo la felicísima obligación de agradecer el honor que se me confiere, muy por encima de mis merecimientos. Debo gratitud a mi querido amigo Juan de Dios Ruiz Copete, que tan amablemente aceptó mi propuesta para participar en este acto, por las elogiosas palabras que ha pronunciado sobre mi trabajo intelectual, y mi contribución a la historia académica. Gracias mil a nuestra querida Academia de Buenas Letras, que ha tenido a bien honrarme de este modo, aunque me haya sido imposible participar con asiduidad en sus tareas ordinarias. Alejado por desgracia de la tierra que me vio nacer, pero integrado en un organismo de investigación humanística, he tenido la inmensa suerte de poder dedicar parte de mis esfuerzos a profundizar en la historia de Sevilla y de sus instituciones durante el siglo XVIII. Esfuerzos que hoy veo recompensados con creces.

Mi ilustre predecesor, don Emilio García Gómez, maestro del arabismo mundial, había nacido en Madrid, en cuya Universidad ejerció su magisterio como catedrático de Lengua y Literatura árabes, por espacio de cuarenta años (1935-1975). Recién terminados sus estudios universitarios, colaboró con don Miguel Asín Palacios en la fundación de la Escuela de Estudios Árabes de Granada (1930) y posteriormente fundó y dirigió la revista *Al Andalus*, que en la actualidad es una de las más prestigiosas en el mundo del arabismo.

Cuando recibió el título de Académico de Honor de nuestra Academia, era Director de la Real Academia de la Historia y miembro de la Española, de la Academia Árabe de Damasco y de las similares de El Cairo, Argel y Bagdad. Considerado como una de las primeras autoridades en literatura islámica española, fue galardonado con numerosos premios, entre ellos el Nacional de Historia por su obra *Foco de antigua luz sobre la Alhambra* (1989). Al final de su larga vida fue premiado, en 1992, con el “Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades”, y al año siguiente recibió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. Como filólogo, no puedo dejar sin destacar su inapreciable contribución al vocabulario mozárabe y al esclarecimiento de los orígenes de la lírica española. Su libro *La lírica hispano-árabe y la aparición de la lírica románica*, conmocionó al mundo cultural en el año 1956, al publicar los primeros poemas conocidos en español antiguo, híbridos de poesía árabe y poesía romance, anteriores en casi dos siglos al poema de *Mío Cid*, el primer ejemplo conservado de poesía épica en romance castellano. Debo destacar también que su discurso de ingreso en la Real Academia Española, en 1945, estuvo dedicado íntegramente a la poesía sevillana del siglo XI, uno de los escasos vacíos líricos en su esplendorosa y milenaria historia. El discurso, una rara pieza de bibliófilo, tiene el sugerente título de *Un eclipse de la poesía en Sevilla: la época almorávide*.

En esta ocasión, al evocar su nombre, quiero seguir hablando de poesía. Porque la historia de Sevilla no se puede escribir sin hablar de sus poetas. Tampoco la de esta Real Academia, en cuya nómina de académicos no faltan escritores ilustres seducidos por el lenguaje poético. Belleza literaria construida con la palabra, ese conjunto de sonidos que nos permite comunicar nuestros pensa-

mientos y también, en forma misteriosa, nuestras emociones. Aunque haya pasado un milenio desde el nacimiento de nuestra lengua romance, seguimos balbuceando las mismas voces y expresando idénticos sentimientos dentro del mismo sistema lingüístico, que nos puede hacer temblar de emoción, sobre todo cuando la palabra es poética, es decir, creadora. Del inabarcable ramillete de poemas que componen la historia lírica española, voy a entresacar algunos que particularmente me emocionan, pero que con dificultad entran en el estrecho cauce selectivo de las antologías. Me refiero a las elegías compuestas a la muerte de un amigo poeta. Un poema personalizado en una muerte concreta, porque “la elegía parte de una muerte, no de la muerte”¹. No es la consideración filosófica de la brevedad de la vida, sino la despedida definitiva, el deseo de dejar grabada en la historia colectiva la trayectoria vital de un ser humano irrepetible, de una relación amistosa moldeada en el barro de la palabra poética. Estrechando más el cerco, me ceñiré al período neoclásico y más concretamente a la poesía neoclásica sevillana, la más fecunda en lazos inquebrantables de amistad entre poetas.

Trato, pues, de amistad y poesía en la hora del dolor, que inspira un poema íntimo, teniendo como fondo el sentimiento de tristeza producido por la desaparición del amigo poeta. Es decir, la amistad, no como tema, sino como dolorosa motivación poética, que expresa un desahogo liberador, por necesidad impulsiva de rendir homenaje póstumo de admiración y afecto amistoso, sin connotaciones sexuales o familiares. Todo poema es poema de recuerdos, impregnado necesariamente de tristeza. Incluso los momentos felices, cuando se hacen presentes en la memoria, están contaminados por la nostalgia. Pero ninguna punzada es tan profunda como la que nos priva definitivamente de los dos sentimientos que anidan en lo más íntimo del ser: el amor y la amistad. No una amistad cortesana e interesada, sino la nacida “entre hombres honrados, algo filósofos”, como diría Cadalso².

¹ *Poesía elegíaca española*. Selección, introducción y notas de Bruce W. Wardropper. Anaya, 1967, p. 8.

² M. Camarero Gea, “Didactismo en las *Noches lúgubres*: el valor de la amistad”, *Dieciocho*, 9 (1986) pp. 57-60.

En un país lejano, y en lengua muy distinta, Goethe dejó escrito en 1805, a la muerte de su amigo, el poeta Schiller: "Pierdo un amigo, y con él la mitad de mi ser"³. Como él, otros muchos poetas de todos los tiempos han dicho cosas parecidas, sobre todo referidas a la mujer amada. Pero el amor de los poetas es, en algunas ocasiones, hijo de la fantasía, cosa impensable en una relación amistosa. Una hermosa mujer puede ser ideada por el poeta; el amigo tiene siempre nombre y apellidos. Si, como decía Machado, "no prueba nada/ contra el amor, que la amada/ no haya existido jamás"⁴, no conozco a ningún poeta que haya vivido la amistad como ficción literaria. La amistad es un sentimiento real, no imaginado. El amor llama con fuerza a nuestra puerta, se impone sobre nuestra voluntad; el amigo se escoge y se le invita a pasar sin motivaciones pasionales.

El lenguaje poético difiere del lenguaje común a causa de los recursos estilísticos, que son capaces de provocar la emoción y que otorgan al poema vocación de eternidad, porque el estado de ánimo del autor queda inmovilizado en el poema y resucita en cada lectura. Temple de ánimo que nadie puede provocar voluntariamente, sino que "surge dentro de nosotros y nos invade"⁵ en un momento de enajenación apasionada. Los versos están diseñados para la permanencia en la memoria, por las imágenes que suscitan, por los fenómenos fónicos de la cadencia y de la consonancia, por el ritmo interior, pero sobre todo por la emoción, que, si es auténtica, es instantánea, como el revolcón producido por una fuerte ola a orillas del mar, con peligro de muerte. Algo que no se olvida fácilmente. Lo decía Antonio Machado y lo confirma la experiencia: "Sólo la creación apasionada triunfa del olvido"⁶. Y ninguna fuerza más poderosa que la muerte para sacudir el alma sensible de un poeta, que no puede evitar el llanto al evocarla. Ya en los comienzos de la literatura occidental, unos siete siglos an-

³ Cit. por L.A. de Cuenca en *El héroe y sus máscaras*, Mondadori, 1991, p. 34.

⁴ A. Machado, *Juan de Mairena*, Cátedra, 1986, I, p. 118.

⁵ J. Pfeiffer, *La Poesía. Hacia la comprensión de lo poético*. FCE, 5ª impresión, 1986, p. 50.

⁶ *Juan de Mairena*, ed. cit., I, p. 117.

tes de nuestra era, Aquiles, el héroe homérico, vierte copiosas lágrimas en la *Iliada*, ante el cadáver de su amigo Patroclo, atravesado por una espada enemiga ⁷. Las mismas lágrimas que empapan de sentimiento la elegía española de ayer y de hoy. El poeta puede dar rienda suelta a su dolor por la desaparición de un padre, como en las celebérrimas *Coplas* de Jorge Manrique; de un noble heroico por sus hazañas, como la *Memoria inmortal del duque de Osuna*, de Quevedo; de unos mártires de la libertad, como Torrijos y sus compañeros, exaltados por Espronceda; de unos queridos amigos del alma, como hacen García Lorca en su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, o Miguel Hernández en su *Elegía* en la muerte de Ramón Sijé ⁸. Incluso nos puede conmovionar la *Elegía en la muerte de un perro*, de Unamuno, el poeta que siempre llevaba en el corazón el sentimiento de la muerte.

Pero es la desaparición de la mujer amada la que ocupa las mejores páginas del libro inacabado de la elegía española. ¿Quién no recuerda el soneto de Garcilaso a la muerte de Isabel Freire, que comienza “Oh, dulces prendas por mi mal halladas...”? Recordemos también la *Elegía en la muerte de Filis*, de Meléndez Valdés (“Oh, rompa ya el silencio el dolor mío...”), el *Canto a Teresa de Espronceda* (“¿Por qué volvéis a la memoria mía/ tristes recuerdos del placer perdido...”), la rima 73 de Bécquer, con su expresivo estribillo: “Díos mío, qué solos/ se quedan los muertos”, que Menéndez Pelayo incluye entre *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana* ⁹, o el emocionado ruego de Antonio Machado A *José María Palacio*, al evocar a su joven esposa Leonor, enterrada en el cementerio soriano, que termina suplicando al amigo:

*Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra.*

⁷ Canto XVIII, vv. 230-236.

⁸ Todos estos poemas están recogidos en la antología de Francisco Rico, *Mil años de poesía española*, Planeta, 1996.

⁹ Madrid, Espasa-Calpe, 1952, p.238.

Frente al amor, en la otra orilla del río de la vida, se instala el dulce sentimiento de la amistad, el “matrimonio del alma”, como diría Voltaire. En un estudio reciente, Julián Marías ha sentenciado que “el amor puede no ser correspondido y, por desgracia, muchas veces no lo es. La amistad es mutua, exige la correspondencia, no puede ser unilateral”¹⁰. Ha de ser compartida, elegida, basada en la mutua estimación, fundada en la comunión de intereses y aficiones. Ideales que no pueden fructificar si están destinados a una empresa delictiva o simplemente inmoral. La amistad requiere de tal forma la bondad de corazón que ya Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, la incluía entre las virtudes morales. Y requiere también la simpatía asexual, porque cuando la serpiente de la sensualidad se enrosca en ella, aunque sea insensiblemente, se transmuta en algo distinto, quizás en amor apasionado, pero incompatible con la verdadera amistad.

Históricamente, la amistad íntima entre poetas se ha manifestado en un contexto literario idealizado, sobre todo en las épocas de predominio del gusto clásico. En España, esto ocurre en el Renacimiento, con las figuras señeras de Boscán y Garcilaso, pero va perdiendo fuerza durante el Barroco, tan sometido a las presiones sociales de clase. En cambio, la nueva ética secular que propicia la Ilustración del siglo XVIII favorece la teoría y la práctica del sentimiento amistoso, basado en la igualdad de ideales¹¹. Por el contrario, y por extraño que pueda parecer, en el mundo romántico, tan individualista, los poetas se entregan en brazos del amor y dejan en muy segundo plano los sentimientos originados en la amistad, que vuelven a renacer tímidamente en la poesía contemporánea. De hecho, al buscar posibles ejemplos de elegías a un amigo difunto, encontramos esta sorprendente conclusión de la crítica: la elegía patriótica o política, que excluye la

¹⁰ J. Marías, *La educación sentimental*, cap. XXII, “Las formas de la amistad”, Alianza Editorial, 1992.

¹¹ F. Sánchez-Blanco Parody, “Una ética secular: la amistad entre los Ilustrados”, *Cuadernos de estudios del siglo XVIII*, Universidad de Oviedo, 2 (1992), pp.97-116. Nunca como entonces, el tema de la amistad es tratado en la literatura dramática, subiendo al escenario en dramas como *La amistad es lo primero* (Valladares), *La fuerza de la amistad* (Rodríguez de Arellano), *El amigo de su enemigo* (Duque de Híjar), *El perfecto amigo y El buen y el mal amigo* (Zavala y Zamora).

simplemente amistosa, “es la más típica o característica de la época romántica”¹². Puede ser normal que esto ocurra en unos años de profundos cambios ideológicos y en una sociedad necesariamente politizada. Pero los escritores románticos, en general, no gozaron del elogio póstumo de ningún amigo poeta. Excepto uno, que, curiosamente, no está inspirado en la amistad.

La anécdota es muy conocida, pero conviene recordarla. El 15 de febrero de 1837, el cortejo fúnebre del desgraciado literato Mariano José de Larra, suicidado por amor cuando aún no había cumplido los 28 años, pasa por las calles madrileñas camino del cementerio. Según el cronista, seguían el carro fúnebre “en silenciosa procesión, centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados”. Delante de la fosa, un joven desconocido, casi un niño, se adelanta y ante el ataúd del infortunado Larra, recita con trémulo acento los emocionados versos que había compuesto la noche anterior:

*Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana:
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.*

La escena, como dice el cronista, “se grabó en la memoria de una generación de románticos”¹³. El autor se llamaba José Zorrilla y aprovechó la ocasión, convirtiendo al periodista en poeta, para poder heredar su condición de líder del movimiento romántico¹⁴. La elegía del joven Zorrilla era, en todo caso, lo más opuesto al epicedio neoclásico, aún vigente en la literatura del momento, con su idealizado mundo pastoril. Para Zorrilla y sus seguidores románticos ya no hay paisaje placentero, ni frescas

¹² M. Paz Díez Taboada, *La elegía romántica española*, CSIC, 1977, p. 35. Tampoco cita ningún poema funeral a poetas fallecidos el libro de Juan Ayuso Rivera, *El concepto de la muerte en la poesía romántica española*, FUE, 1959.

¹³ J. Dowling, “José Zorrilla y la retórica de la muerte”, *Hispanic Review*, 57 (1989), pp. 437-456.

¹⁴ R. P. Sebold, “Larra y la misión de Zorrilla”, en *Trayectoria del romanticismo español*, Crítica, 1983.

riberas con alegres ninfas, ni llanto de las musas, ni poetas disfrazados de pastores. El romanticismo, que convive con los últimos coletazos del irreal ensueño neoclásico, consiste precisamente en el descenso a los infiernos de la realidad íntima, frente al imaginado cielo de la virtud y la belleza proclamado por los clásicos.

La segunda mitad del siglo XVIII es la época dorada de la Arcadía moderna ¹⁵, en la que los poetas se esconden tras los seudónimos pastoriles de reminiscencia clásica, como Batilo, Jovino, Dalmiro, Arcadio, Fileno, Albino, Licio, Doralio, y tantos otros, a los que hay que añadir los alias de quienes consiguieron entrar con nombre propio entre los árcades de Roma, como los muy neoclásicos “Flumisbo Thermodonciaco” (Nicolás de Moratín), “Larisio Dianeo” (Ramón de la Cruz), “Alethóphilo Deliade” (García de la Huerta), “Parrasio Tebano” (Preciado de la Vega), “Leghinto Dulichio” (Montiano) o “Inarco Celenio” (Leandro de Moratín). Todos aspiran a evadirse del mundo que les rodea, instalarse en una torre de marfil y cerrar los ojos, siquiera sea por un momento, a lo negativo de la vida. El mundo pastoril, que ofrece un marco ideal a sus poemas, no puede entenderse sin la amistad: “los pastores hablan de sus problemas amorosos, de sus penas y celos, pero hablan y se consuelan con los amigos” ¹⁶. No son poetas frívolos y desocupados quienes dedican sus horas de intimidad a componer estos tiernos versos pastoriles. El mejor ejemplo lo tenemos bien cerca: el sesudo magistrado Gaspar Melchor de Jovellanos, que, en su despacho de la Audiencia sevillana de la plaza de San Francisco, o en su domicilio de la vecina calle de Manteros, escribe en 1776 la mejor muestra ilustrada de poesía basada en tiernos sentimientos amistosos, la “Carta de Jovino a sus amigos salmantinos”. Y cuando se despide de su amada Sevilla, dos años más tarde, compone, entre lágrimas, la famosa “Epístola heroica de Jovino a sus amigos de Sevilla”, que comienza:

¹⁵ F. R. de la Flor, “Arcadía y Edad de Oro en la bucólica dieciochesca”, *Anales de Literatura Española*, Alicante, 2, (1983), pp. 133-153.

¹⁶ F. Sánchez-Blanco, op. cit. p. 114.

*Voyme de ti alejando por instantes,
oh gran Sevilla, el corazón cubierto
de triste luto, y del contino llanto
profundamente aradas mis mejillas;
voyme de ti alejando y de tu hermosa
orilla, oh sacro Betis, que otras veces
en días ¡ay! más claros y serenos
era el centro feliz de mis venturas.*

La amistad entre poetas, en aquellos años, daba cauce a la práctica habitual de evasión lírica, donde no tenía cabida la poesía comprometida. Las preocupaciones sociales iban por otro camino poético, incluso por obra de los mismos poetas de la ternura, como Meléndez Valdés o Jovellanos ¹⁷, miembros activos de aquellas Sociedades Económicas, tan peculiares del siglo XVIII, que pudieron titularse de Amigos del País. En ninguna otra época de nuestra historia pudo haberse erigido la Amistad, por encima de los afectos personales, en titular de instituciones públicas de carácter económico y social. Pero es también la hora de la reflexión teórica. Al calor de la Ilustración nace la teoría de la amistad, de ella se habla, se divulgan sus bondades, incluso en la prensa periódica. ¿Podría alguien imaginar que un diario de nuestros días se ocupara de analizar, con propósito moral, los beneficios sociales de la amistad? Pues esto es lo que ocurrió en el *Correo de Madrid* en los días 19 y 20 de febrero de 1787.

La aparición de las tertulias privadas y su proliferación en el siglo XVIII supuso un primer paso de igualdad cultural y de valores sociales que presagiaban la modernidad. En el marco de la tertulia desaparecen las diferencias de clase, los privilegios, y sólo cuenta el mérito personal. Y con el reconocimiento del mérito, la admiración, el afecto y la amistad. Sentimiento este último que se fortalece y brilla con luz propia cuando está arraigado en la misma afición literaria. Lo que aquí nos interesa, como he dicho, es

¹⁷ Pueden consultarse sus *Obras completas*, tomo I. Edición crítica, introducción y notas de José Miguel Caso González. Oviedo, Centro de Estudios del siglo XVIII, 1984, donde se encuentran los dos poemas citados anteriormente, así como las dos condenatorias "Sátiras a Arnesto".

la amistad entre poetas, que se manifiesta sobre todo en las elegías o epicedios compuestos con motivo de la muerte de alguno de ellos, sentida incluso con abundancia de lágrimas, porque “los versos suavizan el dolor, alivian los pesares de la tristeza y templan las frustraciones humanas”, como dice un conocido hispanista, estudioso de la época¹⁸. Ejemplifica esta actitud amistosa el poeta gaditano José Cadalso, quien confiesa en carta a Meléndez Valdés que “nada me importa tanto como mis amigos”¹⁹. Y es precisamente este poeta extremeño quien dedica a su amigo, fallecido en 1782 en el sitio de Gibraltar, la sentida *Oda XXV. En la desgraciada muerte del coronel Don José Cadalso*²⁰, donde se pueden leer estos versos engastados en la emoción más sincera:

*¡Imagen cara! ¡Idolatrado amigo!
 ¡Dalmiro, mi Dalmiro! ¡Sombra fría!
 Aguarda, espera, tente:
 tu cuerpo abrazaré, le daré abrigo,
 te prestaré mi aliento; el alma mía,
 dividida en los dos, tu seno aliente.*

No fue esta la única elegía escrita con motivo de la trágica muerte del poeta gaditano. Otros amigos se lamentaron de ella en emocionados versos, como el agustino fray Diego González, el conde de Noroña, su paisano Vaca de Guzmán y varios más, que llevaron sus poemas incluso a la prensa periódica. La muerte de Cadalso fue una desgracia compartida por todos los amantes de la poesía. Pero no fue la única ni la primera del Siglo de las Luces. En 1750 falleció el militar y poeta Eugenio Gerardo Lobo y lloró su pérdida el marqués de la Olmeda. Un año después, el granadino Porcel leyó en la Academia del Buen Gusto un soneto a la muerte de Nasarre. En 1753 Torres de Villarroel lamentaba en

¹⁸ D.T. Gies, “*Ars amicitiae*, poesía y vida: el ejemplo de Cadalso”, en *Coloquio internacional sobre José Cadalso*, Piován editores, 1985, pp. 155-171.

¹⁹ J. Cadalso, *Escritos autobiográficos y epistolario*. Edición de N. Glendinning y N. Harrison. London, 1979, p. 103.

²⁰ J. Meléndez Valdés, *Obras en verso*. Edición crítica, prólogo y notas por J.H.R. Polt y J. Demerson. Oviedo, Centro de Estudios del siglo XVIII, 1983, II, pp. 936-940.

verso la muerte de su amigo y poeta fray Juan de la Concepción. Hasta entonces, los poemas fúnebres no podían ocultar su trasfondo barroco, con imprecaciones a la sorpresiva y despiadada actuación de la Parca inmisericorde. Pero en 1764 fallecen dos grandes figuras de la República literaria, ambos ilustres representantes de la nueva senda reformadora conocida como Ilustración. Me refiero al benedictino padre Feijoo y al político y académico Agustín de Montiano. Este último, Director de la Real Academia de la Historia, amigo y contertulio de Luzán, Nicolás de Moratín y demás poetas pioneros de la renovación literaria, era, además, el político que había propiciado la fundación y protegido los primeros pasos de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras. A él se dirige, en varias ocasiones, nuestro fundador don Luis Germán y Ribón, como el mentor y promotor de la recién nacida corporación doce años antes. Consultando la correspondencia entre ambos pude escribir en mi tesis doctoral sobre la “paternidad de la Academia de la Historia”²¹, como la expresión más acertada de la relación entre ambas instituciones.

Pues bien, con motivo de la muerte de Montiano, el académico sevillano Cándido María Trigueros escribe en su honor y recuerdo la primera elegía neoclásica. Es un *Idilio pastoril* que se conserva en dos versiones manuscritas²², con 358 versos endecasílabos. El poeta, oculto bajo el nombre pastoril de “Amintas”, finge un encuentro con otro pastor amigo, “Alexis”, el político vasco Eugenio de Llaguno, con quien va recordando al poeta fallecido, en sus encuentros a orillas del mismo río, dedicados a la recitación de sus versos y al mutuo placer de la compañía amistosa. Montiano, que, como he dicho, respondía al nombre arcádico de “Leghinto Dulichio”, es evocado como el pastor que con sus cantos, a imitación clásica, amansaba a las fieras y atraía a las ninfas del bosque, las cuales, como dice Trigueros, “la muerte

²¹ F. Aguilar Piñal, *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el siglo XVIII*, CSIC, 1966, p.90.

²² Una autógrafo de Trigueros, pero incompleta, que perteneció a Gayangos, en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 18469) y la otra en la Biblioteca Colombina de Sevilla (84-4-35, ff.143-152). Fue publicado parcialmente por el marqués de Laurencín en su libro *Don Agustín de Montiano y Luyando*. Madrid, 1926.

llorarán del más amado/ y más dulce pastor de Manzanares”. El enfoque poético ha variado sustancialmente. En esto consiste el neoclasicismo en poesía, en la vuelta a los clásicos griegos y latinos, sin olvidar, desde luego, la versión española del Renacimiento. Recordemos a Garcilaso con sus pastores “Salicio” y “Nemoroso”, por poner sólo un ejemplo estelar. El poema de Trigueros remata sus estrofas con un estribillo de nueva factura, elaborado según el estilo del más puro clasicismo:

*Musas, que sois honor de este recinto,
llorad. Musas, llorad: murió Leghinto.*

La súplica del poeta golpea el alma del lector como un redoble de campana funeral, cuyos efectos se ven reforzados cuando el poema apela a los sentimientos de la Naturaleza, que por un momento olvida su acostumbrada indiferencia:

*Hasta las mismas plantas insensibles
duelo harán por la muerte de su amado.*

En 1791 muere Tomás de Iriarte, a quien dedica un soneto el poeta gaditano Ignacio González del Castillo²³ y otro el poeta navarro “Doralio”²⁴, el mismo que cinco años después lamentaría la muerte del pastor “Delio” en diálogo pastoril con “Liseno” y “Roselio”, otros dos fingidos poetas arcádicos²⁵. El último gran poeta que muere en el siglo XVIII es el extremeño Juan Pablo Forner, que había sido Fiscal de la Audiencia sevillana, y que había pertenecido a la Academia de Letras Humanas y a esta de Buenas Letras. En el mundo neoclásico en que se desenvuelve la poesía sevillana de estos años, dos conocidos poetas y académicos, Reinoso y Blanco-White, disfrazados como los pastores

²³ Publicado en *Pasatiempos juveniles*, Sevilla, 1795, p. 13.

²⁴ M. P. Sánchez Salvador, *Poesías de Doralio*. Biografía, edición y estudio de Felicidad Patier Torres. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1987, p.290.

²⁵ *Poesías del M.F. Diego González, del Orden de S. Agustín*. Madrid, 1796, pp. 141-149.

“Fileno” y “Albino”, se lamentan de que la muerte les haya arrebatado al amigo “Norferio” (Forner) ²⁶ siguiendo en todo la retórica clásica. En 1809, traspasado el límite del siglo, fallece el tierno poeta Alvarez Cienfuegos, al que un anónimo dedica una canción en el periódico *El espectador sevillano* (26 de noviembre de 1809). Ocho años después son otros dos académicos de Buenas Letras, Alberto Lista y Manuel María de Arjona, quienes declaran su dolor con motivo de la muerte de Meléndez Valdés. Pero sus versos no llegan a superar el excelente soneto de Moratín, cuyo primer cuarteto está dibujado con trazos del más puro pincel clasicista:

*Ninfas, la lira es esta que algún día
pulsó Batilo en la ribera umbrosa
del Tormes, cuya voz armoniosa
el curso de las ondas detenía* ²⁷.

También en 1828, cuando muere el propio Moratín, adalid del neoclasicismo tras la desaparición de Meléndez Valdés, otro académico sevillano, el capitán Manuel de Vos y Silva, le dedica una elegía entrañable ²⁸. La propia Academia convoca un concurso literario sobre su figura, que gana el periodista José de la Revilla, con un texto al que en otro lugar he calificado como “la más apasionada apología de la doctrina neoclásica en el

²⁶ F.J. Reinoso, “Elegía. A Albino, en la muerte de Norferio”. Cf. A.R. Ríos Santos, *Vida y poesía de Félix José Reinoso*, Sevilla, Diputación, 1989. J.M. Blanco, “De Albino a Fileno en la muerte de Norferio”. Ambos poemas están recogidos en J.M. Blanco White, *Obra poética completa*. Edición de Antonio Garnica Silva y Jesús Díaz García. Visor, 1994, pp. 121-125.

²⁷ Leandro Fernández de Moratín, “Soneto a la memoria de D. Juan Meléndez Valdés”, en *Poesías completas*. Edición de Jesús Pérez Magallón. Sirmio-Quaderns Crema, 1995, p. 402. Puede verse el estudio de G. Dufour, “El soneto elegíaco de Leandro Fernández de Moratín a Meléndez Valdés”, *Caligrama*, II (1985), p. 16.

²⁸ El original manuscrito, que se conserva en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (25-1-18), fue publicado por José de la Revilla en *Juicio crítico de Leandro Fernández de Moratín*. Sevilla, 1833. (Hay ejemplar en la Facultad de Filología de Sevilla, 8-1176).

siglo XIX”²⁹. El promotor de este concurso y Director entonces de la Academia, Manuel María del Mármol, suscitó a la hora de su fallecimiento, en 1840, varios poemas fúnebres que aún se conservan inéditos en el archivo de la Academia³⁰. De las ocho elegías recibidas, la mitad se enmarcan en el mundo neoclásico, con evocación de dioses, musas y pastores. Todas ellas son anónimas, excepto una, firmada por Juan Nepomuceno Justiniano, que se lamenta de la muerte “del tierno amigo que mi llanto causa”. Pero la elegía más característica del sentido neoclásico de la muerte que aquí intento destacar es una, también anónima, que comienza: “Llorad, ninfas del Pindo...”, con invocación nominal a las diosas Minerva, Melpomene, Clío, Erato, Urania, Polimnia “y demás hermanas bellas”. Escrita en tercetos encadenados, el autor recuerda la continua protección con que la diosa Minerva asistió en vida al poeta fallecido y se imagina la nueva vida de Mármol en la grata compañía de los paganos habitantes del Olimpo, a quienes deleita con sus versos, que sirven para animar la ociosa vida de los inmortales. El activo Director de la Academia, que lo fue en siete ocasiones consecutivas, es evocado como sabio y como mentor de la juventud estudiosa, pero sobre todo como poeta:

*Y Apolo en su mansión siempre florida
del Pindo, de deleites abundoso,
con sus dulces ensueños te convida.*

*Brilla en tu mano la dorada lira,
y blanda el aura con su soplo blando
sus dulces tonos en redor suspira.*

De tu lira a la voz, todo se anima...

²⁹ F. Aguilar Piñal, “José de la Revilla, crítico de Moratín”, en *Coloquio Internacional sobre Leandro Fernández de Moratín*, Bolonia, 1978, pp. 3-14.

³⁰ Con las signaturas antiguas 0-P-2 y 0 fol. Según el correspondiente Libro de Actas, la corona fúnebre en honor de Mármol fue propuesta el 15 de enero de 1841 por Justiniano. Poco después, Fernando Blanco convoca a sus amigos para trasladar los restos mortales al panteón universitario.

Por fin, en 1848 muere Alberto Lista, de quien todos los académicos sevillanos se declaran amigos y deudores, publicando poco después una estimable *Corona poética*³¹, a cuyo frente aparece la primera biografía de Lista, escrita por el entonces Vice-Director de la Academia, José María Fernández Espino. Por ella nos enteramos de que Lista llevaba siempre consigo una pequeña edición de Virgilio, cuyos versos sabía de memoria. En esta amistosa *Corona* el sacerdote y amigo Francisco Rodríguez Zapata se encarga de recordarnos que Lista no solo rechazaba “los deplorables errores del Romanticismo», sino que “ha sido entre nosotros, con sus doctrinas y con sus ejemplos, uno de los más ardientes defensores de la escuela clásica”. Palabras que bastan para definir el talante académico sevillano en materia literaria en estos años centrales del siglo XIX, aunque no todos los poemas incluidos en la citada *Corona* responden plenamente a estas preferencias, ya que la mayoría de los poetas, aunque amigos de Lista, eran ajenos a la Academia sevillana. En concreto, de los 36 poetas que aparecen en el texto, sólo seis eran académicos en ese momento. Los restantes fueron recompensados posteriormente con el nombramiento de correspondientes, excepto Carolina Coronado, de la que no consta su ingreso en la Academia. El mismo año, en la sesión organizada para colocar los retratos de Mármol, Lista y Reinoso en el salón de la Academia, Rodríguez Zapata, que se declara discípulo fervoroso del maestro sevillano, leyó una hermosa oda, en cuya segunda estrofa borda una escena mitológica nada romántica:

*Abandonan las ninfas sus mansiones
y por la orilla amena
danzan al son de insólitas canciones
en bullicioso coro
que al ánimo enajena
y recuerda feliz los siglos de oro.*³²

³¹ *Corona poética dedicada por la Academia de Buenas Letras de esta Ciudad al Sr. D. Alberto Lista y Aragón, precedida de su biografía*. Sevilla, Imp. y Librería Española y Extranjera de D. J.M. Geofrin, calle de Olavide números 4 y 5. 1849. 92 pp.

³² Publicada íntegra por M. Ruiz Lagos en *Ilustrados y reformadores en la Baja Andalucía*, Editora Nacional, 1974, p. 269. Esta obra incluye un extenso estudio sobre Rodríguez Zapata (pp. 240-287), como miembro de la “escuela poética sevillana” que el autor denomina de “Ilustración romántica”.

Incluso el romántico tardío Gustavo Adolfo Bécquer, en su primeriza *Oda a la muerte de D. Alberto Lista*, ciñe su inspiración al ámbito clásico del dios Apolo y del llanto de las Musas, conternadas por la muerte del poeta³³. Con lo dicho, quiero insistir en la idea de que el neoclasicismo sevillano, y muy en primer lugar, los poetas agrupados en torno a la Real Academia de Buenas Letras, desde sus inicios hasta mediados del siglo XIX, siempre ha manifestado sus preferencias clásicas, rechazando tanto el barroco anterior como el romanticismo liberal del XIX, con el que hubo de convivir. Las preferencias líricas durante los cien años que van desde la *Poética* de Luzán (1737) hasta los *Ensayos literarios y críticos* de Lista (1844) se inclinaron mayoritariamente por la “literatura ilustrada” que, en el caso de la literatura de creación, hemos convenido en llamar neoclasicismo³⁴. En este caso concreto de los epicedios, el estilo neoclásico se prolonga sin interrupción en unos poetas que, aun perteneciendo a generaciones distintas, mantienen vivo el sentimiento profundo de la amistad, desde Trigueros hasta Rodríguez Zapata, pasando por esa pareja de grandes amigos, aun después de la separación física, que fueron Lista y Blanco White³⁵.

Si hay algún movimiento literario en España que aún no haya alcanzado la unanimidad crítica, este es, sin duda, el romanticismo. Hay quien se cuestiona, incluso, su existencia, que es considerada, a lo sumo, breve y tardía. Por lo que afecta a nuestro tema, la realidad que nos transmiten los textos de la época liberal es que los románticos, “estaban todos unidos por su común hostilidad contra el neoclasicismo”³⁶. Entre las claves de esa hostilidad

³³ Véase la *Antología de poetas sevillanos. De la Ilustración a Bécquer*. Selección y presentación de Rogelio Reyes. Sevilla, *Dendrónoma*, 11 (1983), p. XXVII. En algún verso de Bécquer (“Llorad, Musas, llorad...”) se aprecia una posible influencia de Trigueros. El propio antólogo reconoce en el poema “la gravedad tonal de una elegía dieciochesca”. Cf. “La prehistoria lírica de Bécquer (los poemas anteriores a las *Rimas*)” en *Bécquer. Origen y estética de la modernidad*. Actas del VII Congreso de Literatura Española Contemporánea, 1995, pp. 101-134.

³⁴ R. Reyes, *Poesía española del siglo XVIII*, Cátedra, 1988.

³⁵ L. Romero Tobar, “El tema poético de la amistad en la amistad de Blanco y Lista”, en *El siglo que llaman Ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*. CSIC, 1996, pp. 755-764.

³⁶ Jean-Louis Picoche, en *El Romanticismo*. Edición de David T. Gies. Taurus, 1989.

hay que destacar su rechazo del mundo artificial representado por la Arcadia y sus falsos pastores. Sin entrar en otros temas sociales o políticos, bastaría tropezarnos con un poeta que se dedicara a introducir en su canto dioses, musas y ninfas, para descalificarlo como romántico. Y en estas redes caen todos los académicos aquí considerados, a los que, en consecuencia, se les puede incluir con todo derecho, aun a mediados del siglo XIX, en la historia del neoclasicismo sevillano. Sin embargo, no debemos olvidar que estos poetas vivieron en la desgraciada época de la represión fernandina, especialmente dura en la capital de Andalucía. Y que, aun perteneciendo al estamento eclesiástico y a pesar de haber tenido una formación clasicista, no pudieron sustraerse al ambiente político y social en el que les tocó vivir. Esto explica que algunos críticos hayan podido detectar una cierta aproximación a las ideas románticas, como en el caso de Mármol, en simbiosis literaria que determina el nacimiento de un *eclecticismo*, ya anunciado en 1839 por los académicos Juan José Bueno y José Amador de los Ríos, que declaran: “para nosotros han perdido significación las voces *clásico* y *romántico*, y nos hemos acogido a un completo *eclecticismo*, que, adoptado ya por nuestros distinguidos literatos, reproducirá con el tiempo la escuela *original española*, que no debe nada a los griegos ni a los franceses”³⁷. Como vemos, en estas palabras queda reflejada la opinión nacionalista, en aumento desde la muerte del rey Fernando VII, que desprecia, por extrañas al país, tanto las ideas clásicas como las románticas. Pero no se puede ir contra la corriente de la historia. Aunque pudiera ser breve, es indudable que en España existió una vivencia romántica, que durante algunos años convivió con los restos decimonónicos de una honda implantación clásica, dominante en la formación y en la práctica poética de nuestros académicos durante casi cien años. Un siglo de amistad y poesía.

Los movimientos poéticos posteriores al individualismo romántico tampoco han sido propicios al tierno sentimiento de la amistad. Ni el simbolismo o el modernismo, ni mucho menos el surrealismo o el purismo fueron proclives a estas confesiones íntimas.

³⁷ Cit. por Juan Rey, *La pasión de un ilustrado*. Sevilla, FOCUS, 1990, p.239.

Todos buscaron la comunicación lírica en sentimientos más sensoriales que afectivos. No obstante, se pueden encontrar algunos valiosos epicedios originados por la amistad en el inmenso acervo de la poesía sevillana de este siglo. Pienso, por ejemplo, en las elegías de Antonio Machado y de Adriano del Valle a la muerte de García Lorca ³⁸; en el *Responso* de Alejandro Collantes de Terán dedicado a Fernando Villalón, con otros de Manuel Díez Crespo, Rafael Laffón, Eduardo Lloset, Manuel Machado y el propio Adriano del Valle, todos ellos unidos bajo el manto entrañable de Joaquín Romero Murube en la revista *Mediodía*, cenáculo indiscutible de poesía y amistad. Desde entonces hasta la “generación del cincuenta y tantos”, la poesía sevillana puede ser conocida gracias al valiosísimo estudio de nuestro compañero de Academia, Juan de Dios Ruiz Copete ³⁹, aunque su análisis no desciende a los pormenores de los poemas elegíacos. Con estos poemas, basados en el dolor de la amistad perdida podría hacerse, sin duda, una antología muy digna de aprecio, en la que se incluirían los elogios póstumos a los mejores poetas sevillanos de todos los tiempos, desde Herrera, cantado por Cervantes, hasta Cernuda, llorado por Gil de Biedma. Pero es tarea laboriosa porque los textos están muy dispersos. Esta Real Academia, que durante toda su historia ha acogido en su seno a muchos y buenos poetas andaluces, podría incluir entre sus proyectos literarios la edición de esta propuesta y necesaria antología.

Digo necesaria porque hemos de recuperar tanto la profunda emoción de la amistad como el íntimo placer de la lectura poética. El frágil y menesteroso ser humano, solicitado en su vida diaria por tantas y tan diversas ocupaciones, necesita rescatar unos momentos de soledad para la reflexión sobre los misterios que le rodean, sobre todo el de la muerte. Tener a mano un libro de poemas no solamente denota una especial sensibilidad para poder

³⁸ B.W. Wardropper, “The Modern Spanish Elegy: Antonio Machado’s Lament for Federico García Lorca”, *Symposium*, XIX (1965), pp. 162-170.

³⁹ J. de D. Ruiz Copete, *Poetas de Sevilla. De la generación del 27 a los “Taifas” del cincuenta y tantos*. Sevilla, 1971.

arrancar a la letra impresa un alivio espiritual, sino que puede ser la medicina más eficaz en un momento de melancolía, inseguridad o desencanto.

Son diversos los motivos que nos pueden acercar a un poema. Hay quien busca en el verso el ingenio, la originalidad, la dificultad vencida, la cultura de un autor. Pero nunca llegaremos a comprenderlo si no sintonizamos con la emoción, que es la última finalidad del poema. No importa el estilo, ni la carga intelectual, ni la sugerencia intuida. Si no logramos captar el mensaje emotivo, hemos de pasar página y comenzar de nuevo. Porque la poesía solamente puede vivir en función del hombre que la crea y del hombre que la re-crea. Si prescindimos del contacto emocional entre el autor y el lector el poema se desvanece, es como si no existiera. Ni siquiera el concepto más sublime puede solo dar vida a los versos auténticos, porque, como dice un teórico de nuestros días: “el pensamiento en el poema no posee jamás una finalidad en sí mismo, sino que actúa simplemente como medio para otra cosa, esa sí, esencial: la emoción”⁴⁰. Amistad y poesía, pues, como la mejor herencia de nuestros mayores neoclásicos. Sevilla, patria de infinitos y brillantes poetas, nos ofrece, para nuestro disfrute más íntimo, en la soledad de la lectura, los versos de la amistad idealizada, fuente inagotable de consuelo. Aunque no contemos ya con la presencia del poeta, podremos contar con el poema, ese amigo fiel, siempre dispuesto a acudir a nuestra llamada.

⁴⁰ C. Bousoño, *Teoría de la expresión poética*, Gredos, 4ª ed. 1966, p. 23.